

El artículo del día

Las viejas políticas del miedo

Una parte de la población civil, entonces y ahora, se organiza en ayuda de los refugiados que buscan protección

JUAN MANUEL
Calvo
Gascón*

En varios de los encuentros con jóvenes estudiantes, en los que habitualmente participa algún miembro de la Amical recordando la experiencia de los republicanos en los campos de exterminio, ha surgido el problema de las poblaciones desplazadas en la actualidad, la de los refugiados que huyen desesperados de la guerra; millones de personas abandonadas a su suerte dejando atrás sus casas, sus familias, sus posesiones, sus ilusiones... para lanzarse a la búsqueda de una deseada seguridad cerca de nosotros, llamando a las puertas de una Europa que se muestra impotente para dar una respuesta positiva a su desesperanza. A veces, estos jóvenes que observan la realidad, inquietos y preocupados, plantean un cierto paralelismo entre las imágenes que han contemplado, asombrados, en las redes o en los medios de comunicación en los últimos meses y los movimientos masivos de población en la década de los años 30 del pasado siglo, cuando el nazismo y el fascismo se extendían por el amplio territorio europeo.

Aunque los contextos y las realidades sean distintos, no les falta razón al hacerse ese planteamiento. La persecución a los judíos por los nazis fue paralela al rechazo de numerosos estados a acogerlos de forma masiva en su territorio. Lo que me lleva a recordar al Saint Louis, aquel crucero de lujo que, en mayo de 1939, zarpó de Hamburgo, con casi un millar de judíos alemanes a bordo. Todo fue una estrategia propagandística nazi para demostrar al mundo que los judíos podían salir libremente de Alemania. El primer destino de los pasajeros del Saint Louis

era la isla de Cuba, como etapa hacia a EEUU, donde pensaban recalar posteriormente. Huían atemorizados de las persecuciones a que eran sometidos en la Alemania nazi, pero la búsqueda de un destino donde rehacer sus vidas se vio truncada por la burocracia, la corrupción y los miedos de quienes tenían que haberles dado asilo. En La Habana no pudieron desembarcar, pero tampoco en EEUU ni en Canadá, alegando que ya habían cumplido con los cupos anuales de emigrantes que podían acoger. El Saint Louis puso rumbo de vuelta hacia Europa y, en los años siguientes, muchos de aquellos «errantes del Atlántico», perseguidos por los nazis, acabaron deportados y asesinados en las cámaras de gas de los campos de exterminio.

Pero las imágenes que nos transmiten los medios estas semanas nos recuerdan, con asombrosa y dolorosa similitud, la epopeya de nuestros exiliados republicanos durante su retirada hacia Francia, en las primeras semanas de 1939, huyendo del inminente triunfo fascista que se había levantado contra el poder legítimo de la Segunda República: familias ateridas, caminado sobre la nieve, soportando el viento y las temperaturas bajo cero, que buscaban, desesperadas, un lugar seguro donde protegerse. Fronteras, alambradas, policía y burocracia es lo que se encontraron los republicanos a su llegada a territorio francés, y eso mismo es lo que encuentran hoy quienes llegan a nuestras fronteras europeas huyendo de otras guerras, de otras miserias y de otras barbaries: el deseado cobijo protector, ayer y hoy, se convierte en abandono, desesperación y humillación.

Las estructuras políticas e institucionales europeas se muestran impotentes a la machacona e imparable realidad de los refugiados ante nuestras fronteras, a pesar de las numerosas reuniones del más alto nivel, y son incapaces de diseñar e

implementar medidas eficaces de acogida que resuelvan dignamente –como es su obligación– la dramática situación de estos nuevos desheredados. Y lo que es peor, resurgen aquí y allá las viejas políticas del miedo ante quienes nos piden asilo, protección y un poco de dignidad.

Políticas que ya hemos experimentado en el patio europeo, que sabemos sobradamente a qué nos conducen y en qué se basan: en el enrocamiento en lo propio, en la supuesta seguridad que nos otorgan los «valores» exclusivos e inmutables y en el rechazo de todo lo que pueda ser diferente a lo comúnmente aceptado, como norma general, por los «nacionales» a quienes corresponden, exclusivamente, todos los derechos. Pero afortunadamente son muchos en la población civil que, entonces y ahora, deciden no estar callados y se organizan para ayudar.

Hoy, sin ir más lejos, en el corazón de esta Europa desconcertada, en el viejo y dolorido París, **Michel y Marie** –amigos docentes ya jubilados– siguen haciendo música contra la barbarie moderna y no cejan en su lucha personal, junto a los colectivos organizados de los barrios más deprimidos, por defender los derechos básicos de quienes todo lo perdieron, de quienes nada tienen que perder. Una lucha cotidiana y desigual, heredera de la que llevaron a cabo los resistentes de antaño contra el nazismo, quienes, cuando les tocó dar la cara, no reblaron ante el enemigo, aparentemente invencible, que tenían ante sí. Aquellos ciudadanos resistentes han de servirnos como ejemplo para conquistar espacios de dignidad solidaria con quienes –ayer, hoy y mañana– siguen pidiéndonos ayuda desesperadamente. ≡

*Historiador, Amical de Mauthausen

Esta tarde a las 19.30 horas, el palacio de La Aljafería acoge el acto central en Aragón del Día Internacional en Memoria de las Víctimas del Holocausto, instituido por Naciones Unidas.